

Michelle Perrot

MI HISTORIA DE LAS MUJERES

Nota del editor francés

Parece que las mujeres tienen su día. Un solo día en todo el año, durante el cual los medios hablan de ellas, los políticos pronuncian discursos en su honor y quienes prefieren lo real a las vanidades conmemorativas recuerdan que la mujer todavía no es igual que el hombre, que la mujer -más que el hombre- sufre el desempleo y la precariedad laboral, que a la mujer se le paga menos, se la considera menos, se la reconoce menos que al hombre en los principales ámbitos de la sociedad: no olvidemos la débil representatividad de las mujeres en política, así como el pequeño número de ellas en el ejercicio del poder.

¿Cambiarían los tiempos? ¿Las mujeres son apreciadas? ¿Ser mujer constituye una discriminación positiva? ¿O es sólo una circunstancia?

Lo que es seguro es que las mujeres tienen una historia y que recién tardíamente comenzaron a construirla, para apropiársela después.

Michelle Perrot fue una de las iniciadoras en Francia de este movimiento de historiadoras que ofrecen a las mujeres y los hombres la dimensión de la acción de las mujeres en el pasado, la evolución de su estatus, las luchas y las estrategias para obtener su independencia.

Era evidente que Michelle Perrot, tan comprometida como siempre con el movimiento de las mujeres, e igualmente entusiasmada y generosa, era para France Culture* la mujer que podía bosquejar la historia de las mujeres.

Lo hizo con energía y amor. Esta serie radiofónica tuvo un enorme éxito, y fueron muchos quienes entonces pidieron que sus palabras quedaran fijadas por escrito: hoy, ese deseo queda satisfecho.



* Las veinticinco emisiones de la serie *Histoire des femmes* fueron difundidas por France Culture del 28 de febrero al 1º de abril de 2005, en una producción de Pierrette Perrono.

I. Escribir la historia de las mujeres

(fragmento)

Itinerario

La primera historia que quisiera contarles es la de la historia de las mujeres. Hoy en día se presenta como obvia: una historia “sin las mujeres” parece imposible. Sin embargo, no siempre existió. Al menos en el sentido colectivo del término, que no abarca sólo las biografías, las vidas de mujeres, sino las mujeres en su conjunto y a largo plazo. Esta historia es relativamente reciente; a grandes rasgos, tiene treinta años. ¿Por qué? ¿Por qué este silencio? ¿Y cómo se disipó?

Yo fui testigo de esta historia y, junto con muchas otras, protagonista. En calidad de tal quisiera decir unas palabras sobre mi experiencia, porque en ciertos aspectos resulta significativa tanto del pasaje del silencio a la palabra como del cambio de una mirada que, justamente, construye la historia o al menos hace emerger nuevos objetos en ese relato que es la historia, relación constantemente renovada entre el pasado y el presente.

La historia de las mujeres no estuvo entre mis primeros intereses; por otra parte, tampoco estuvieron las mujeres. En mi adolescencia lo que quería era acceder al mundo de los hombres, del saber, del trabajo y de la profesión. Por el lado de mi familia no encontré ningún obstáculo. Mis padres eran decididamente igualitarios, feministas sin teoría, y ellos me alentaron al estudio e incluso a la ambición. En la universidad de posguerra, la Sorbona de los años cincuenta, los profesores eran todos hombres. Pero las alumnas eran cada vez más numerosas, aun cuando muchas veces la abandonarían en el camino; yo no sufrí ninguna discriminación en particular. Cuando en 1949 apareció *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, se armó un escándalo. Yo estaba decididamente de su lado, pero la lectura parcial que entonces hice de ese texto no me conmovió. No pude ver su riqueza hasta tiempo después.

Lo económico y lo social dominaban ese período austero de la Reconstrucción, y ocupaban el horizonte de la sociedad tanto como el de la Historia. Hablábamos de comunismo, marxismo, existencialismo. La clase obrera nos parecía la llave de nuestro destino y del destino del mundo, a la vez que “la más numerosa y la más pobre”, como decía el conde de Saint-Simon, símbolo de todas las opresiones, víctima gloriosa de una injusticia intolerable. Escribir la historia de la clase obrera era una manera de unirse a ella. En la Sorbona, Ernest Labrousse -el otro “grande”, junto con Fernand Braudel- desarrollaba esta historia. Bajo su dirección, hice una tesis sobre los “obreros en huelga”, en la que las mujeres ocupaban un solo capítulo. Al revés del

motín del pan, la huelga, al menos en el siglo XIX, es un acto viril. Esta asimetría me impresionó, así como la burla de la que eran objeto las mujeres. Sin embargo, no me detuve mucho tiempo en este asunto: me afectaban mucho más los problemas de los trabajadores menos calificados o los extranjeros. La xenofobia más que el sexismo obrero.

Llegué a la historia de las mujeres en los años setenta, con el envión del Mayo francés y sobre todo del movimiento de las mujeres, con los que me topé de frente en la Sorbona -donde era profesora adjunta- y luego en París VII-Jussieu, una universidad nueva y abierta a innovaciones de todo tipo. Por supuesto, no se trató de una iluminación repentina. A lo largo de veinte años las cosas habían cambiado, y yo también. Comprometida con el movimiento de las mujeres, quería conocer su historia (y hacerla, puesto que prácticamente no existía). Había una verdadera demanda en este sentido. Convertida en profesora, tras mi doctorado, ya podía tomar iniciativas. En 1973, con Pauline Schmitt y Fabienne Bock hicimos un primer curso que llamamos “¿Las mujeres tienen una historia?”, título que delataba nuestras incertidumbres y traducía nuestra timidez. No estábamos seguras de que las mujeres tuvieran una historia, sobre todo porque el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss había insistido mucho en el papel que ellas tenían en la reproducción y los lazos familiares: “Intercambio de bienes, intercambio de mujeres”. No sabíamos cómo enseñar esa historia. No teníamos materiales ni métodos. Sólo preguntas. Apelamos a las sociólogas, más adelantadas que nosotras,¹ y a nuestros colegas historiadores,² y les preguntamos cómo habían resuelto en sus estudios históricos la cuestión de las mujeres. El curso fue un gran éxito. El movimiento estaba en marcha y ya no se detendría. Interrumpiré en este punto la evocación de una historiografía cuyo camino examinaremos y cuyos resultados apreciaremos a lo largo del presente relato. Este itinerario mío, de un descubrimiento, de una llegada, se inscribe en un movimiento colectivo. Para atenerme al plano universitario, señalaré las iniciativas idénticas y paralelas en Aix-en-Provence,³ en Toulouse,⁴ en la Universidad de París VIII,⁵ en Lyon (en

¹ Andrée Michel inauguró el curso con una exposición sobre “los modelos de la familia”, y fue impugnada por algunos estudiantes que malinterpretaron el sentido de la palabra “modelo”: no querían más modelos familiares, según dijeron. Andrée Michel los tranquilizó.

² Pierre Vidal-Naquet, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Jean-Louis Flandrin -pionero en los estudios sobre la sexualidad-, Mona Ozouf y Jean Chesneaux aportaron su colaboración.

³ Yvonne Knibiehler fundó, junto con sus colegas, el primer *Bulletin d'information et d'études sur les femmes* [Boletín de información y estudios sobre las mujeres], el BIEF, y organizó el primer coloquio (1975), “Las mujeres y las humanidades”. Sus trabajos sobre la maternidad, el nacimiento, las mujeres y los médicos, las enfermeras y las asistentes sociales, sobre todo, sientan cátedra.

⁴ Con Rolande Trespé y Marie-France Brive.

psicología social), etc. En el exterior el movimiento era previo y mucho más intenso: en los Estados Unidos, en Gran Bretaña, el papel de los *Women's Studies* era precursor⁶ y nosotros lo seguíamos con vivo interés. Esta corriente se desarrolló rápidamente, con variantes, en los Países Bajos, en Alemania (en torno a la Universidad de Bielefeld y la Universidad Libre de Berlín), en Italia -donde tuvo una originalidad y una vitalidad notables-, un poco más tarde en España, en Portugal, etc. En pocas palabras: fue, es, un movimiento mundial, que hoy está particularmente vivo en Quebec, en América Latina (sobre todo en Brasil), en India, en Japón... El desarrollo de la historia de las mujeres acompaña en sordina el "movimiento" de las mujeres hacia su emancipación y su liberación. Es la traducción el efecto de una toma de conciencia aun más abarcadora: la de la dimensión sexuada de la sociedad y de la historia.

En treinta años ya se sucedieron varias generaciones intelectuales que produjeron -mediante tesis y libros- una acumulación que dejó de ser "primitiva". Hoy existe una revista, *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, asociaciones,⁷ numerosos coloquios y antologías de trabajos. En Blois, los encuentros llamados *Rendez-vous de l'histoire* (2004) sobre "Las mujeres en la historia" tuvieron gran éxito.

La historia de las mujeres cambió. En sus objetos de estudio, en sus puntos de vista. Empezó por una historia del cuerpo y de los roles privados para llegar a una historia de las mujeres en el espacio público de la ciudad, del trabajo, de la política, de la guerra, de la creación. Empezó por una historia de las mujeres víctimas para llegar a una historia de las mujeres activas, en las múltiples interacciones que originan los cambios. Empezó por una historia de las mujeres para convertirse más precisamente en una historia del género, que insiste sobre las relaciones entre los sexos e integra la masculinidad. Expandió sus perspectivas espaciales, religiosas y culturales.

De todo ello quisiera dar cuenta aquí, del modo más amplio posible, pues esta historia de las mujeres no es "mi" historia de las mujeres. Este posesivo no implica ninguna propiedad.

Sin caer en una exhaustividad extenuante, quisiera tirar de algunos hilos de esta inmensa tela y abordar ciertos temas: "El silencio y las fuentes", "El cuerpo", "El alma", "Trabajo y creación", "Mujeres en la polis"; con ejemplos, con caras, con historias elegidas en un espacio-tiempo lo más vasto posible. Sin embargo, un poco por necesidad y otro

⁵ Con Claude Mossé, Madeleine Rebérioux y Béatrice Slama.

⁶ Gracias a Françoise Basch, profesora de civilización angloamericana en el Instituto Charles V (París VII), se estableció un vínculo con la investigación angloamericana desde principios de los setenta.

⁷ Mnemosyne, la SIEFAR (Société internationale pour l'étude des femmes de l'Ancien Régime [Sociedad Internacional para el Estudio de las Mujeres del Antiguo Régimen]), Archives du féminisme (Centro de Archivos de Angers).

poco por mi propia especialidad, estos elementos serán extraídos de la historia de la Francia y el Occidente contemporáneos.

En filigrana, siempre se encuentra la siguiente pregunta: ¿qué cambió en las relaciones entre los sexos, en la diferencia de los sexos representada y vivida? ¿Cómo, si no por qué? ¿Y con qué efectos?

El silencio roto

Escribir la historia de las mujeres es sacarlas del silencio en que estaban sumergidas. Pero, ¿por qué este silencio? Y antes que nada: ¿las mujeres tienen sólo una historia?

La pregunta puede parecer extraña. “Todo es historia”, decía George Sand, y Marguerite Yourcenar afirmó más tarde: “Todo es la historia”. ¿Por qué las mujeres no pertenecerían a la historia?

Todo depende del sentido que se dé a la palabra “historia”. La historia es lo que pasa, la sucesión de los acontecimientos, de los cambios, de las revoluciones, de las evoluciones, de las acumulaciones que tejen el devenir de las sociedades. Pero también es el *relato* que se hace de ellos. Los ingleses distinguen *story* de *history*. Las mujeres han quedado largamente excluidas de este relato, como si, condenadas a la oscuridad de una reproducción inenarrable, estuvieran fuera del tiempo o por lo menos fuera del acontecer. Sepultadas bajo el silencio de un mar abismal.

Por cierto, en este silencio profundo las mujeres no están solas. Dicho silencio envuelve el continente perdido de las vidas engullidas por el olvido en que la masa de la humanidad queda abolida, pero cae con más peso sobre ellas. Y esto por varias razones.

La invisibilidad

En principio, porque a las mujeres se las ve menos en el espacio público, el único que durante mucho tiempo mereció interés y relato. Ellas trabajan en la familia, confinadas en casa (o en lo que hace las veces de casa). Son invisibles. Para muchas sociedades la invisibilidad y el silencio de las mujeres forman parte del orden natural de las cosas. Son la garantía de una polis pacífica. Su aparición en grupo da miedo. Para los griegos significa la *stasis*, el desorden.⁸ Su palabra pública es indecente. “Que la mujer se mantenga en silencio. Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán,

⁸ Sobre este tema, véanse los trabajos de Nicole Loraux.

sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión”, dice el apóstol Pablo.⁹ Ellas deben pagar su falta con un silencio eterno.

Hasta el cuerpo de las mujeres asusta. Se lo prefiere tapado. Los hombres son individuos, personas, tienen apellidos que pueden transmitir. Algunos son “grandes”: “grandes hombres”. Las mujeres no tienen apellido: sólo nombre de pila. Aparecen confusamente, en la penumbra de grupos oscuros. “Las mujeres y los niños”, “primero”, o al costado, o afuera, según el caso: la expresión clásica traduce esta generalización. Al principio de *Tristes trópicos*, Claude Lévi-Strauss describe un pueblo después de que los hombres han salido a cazar: ya no quedaba nadie, dice, salvo las mujeres y los niños.

Porque se las ve poco, se habla poco de ellas. Y ésta es una segunda razón de silencio: *el silencio de las fuentes*. Las mujeres dejan pocas huellas directas, escritas o materiales. Su acceso a la escritura fue más tardío. Sus producciones domésticas se consumen más rápido, o se dispersan con mayor facilidad. Ellas mismas destruyen, borran sus huellas porque creen que esos rastros no tienen interés. Después de todo, sólo son mujeres, cuya vida cuenta poco. Hay incluso un pudor femenino que se extiende a la memoria. Una desvalorización de las mujeres por ellas mismas. Un silencio consustancial a la noción de honor.

En cuanto a los observadores o a los cronistas, hombres en su gran mayoría, les prestan una atención reducida o guiada por estereotipos.

Es cierto, se habla de mujeres, pero de manera general. “Las mujeres son...”, “La Mujer es...”. La verbosidad del discurso sobre las mujeres contrasta con la ausencia de información precisa o detallada. Lo mismo ocurre con sus imágenes. Producidas por los hombres, estas imágenes nos dicen, sin dudas, más sobre los sueños o los temores de los artistas que sobre las mujeres reales. Ellas son imaginadas, representadas, más que descritas o narradas. He allí una segunda razón para el silencio y la oscuridad: la asimetría sexual de las fuentes; variable, por otra parte, desigual según las épocas, y sobre la cual deberemos volver.

Pero *el silencio más profundo es el del relato*. El relato de la historia tal como lo construyen los primeros historiadores griegos o romanos concierne al espacio público: las guerras, los reinados, los hombres “ilustres”, o al menos los “hombres públicos”. Lo mismo sucede con las crónicas medievales y la historia sagrada, que habla de santos más que de santas. Y además, los santos actúan, evangelizan, viajan. Las mujeres preservan su virginidad y rezan. O acceden a la gloria por el martirio, espléndido honor.

⁹ Primera Epístola a Timoteo, 2, 12-14.

Las reinas merovingias, tan crueles, las damas galantes del Renacimiento, las cortesanas de todas las épocas hacen soñar. Para existir hay que ser piadosa o escandalosa.

En el siglo XVIII y sobre todo en el XIX, la historia se vuelve más científica y profesional. ¿Se da entonces más lugar a las mujeres y a las relaciones entre los sexos? Un poco más. Michelet habla de las mujeres en la historia de Francia: la terrible regencia de Catalina de Médicis muestra los inconvenientes de las mujeres en el poder. La Noche de San Bartolomé, para él, sería casi un efecto de la transgresión de los géneros. Mientras que la intervención de las mujeres del puerto de La Halle, los días 5 y 6 de octubre de 1789, ilustra su papel positivo cuando se comportan como madres y amas de casa.¹⁰ Su visión de la historia está muy influenciada por su representación de los roles que desempeña cada sexo. Michelet valora a la “mujer del pueblo”, pues “no hay nada más pueblo que la mujer”, dice. Y es así como las mujeres aparecían en los “manuales escolares” de la Tercera República. Más allá de Juana de Arco, única verdadera heroína nacional, esos manuales hablan muy poco de las mujeres.¹¹

La principal novedad viene por el lado de las autoras que estudió una joven historiadora, Isabelle Ernot.¹² Ellas se llaman Louise de Kéralio, autora de *Les crimes des reines de France* (1791), Laure d'Abrantès, Hortense Allart y madame de Renneville, mujeres muchas veces de origen aristocrático que intentan ganarse la vida con su pluma. A mediados del siglo XIX, son cada vez más las que escriben biografías de mujeres: reinas, santas, cortesanas, “mujeres excepcionales” cuyo destino perfora la noche de las mujeres. Al principio se ocupan de Blanca de Castilla, Juana de Navarra, madame de Maintenon y sobre todo María Antonieta, “calamidad y sanguijuela de los franceses” para algunas, reina desgraciada para otras que intentan reivindicarla, y a la cual Olympe de Gouges dedicó la *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*. Pero también se ven algunos intentos de captar la evolución de la condición de las mujeres en un plazo más largo. Así, Olympe Audouard publica *Gynécologie. La Femme depuis six mille ans* (1873), donde se pregunta por el papel del cristianismo en esta evolución. Es el indicio de un interés por el tema que se afirmará sobre todo bajo el Segundo Imperio, clerical y conservador, como un desafío

¹⁰ “Las mujeres estuvieron a la vanguardia de nuestra Revolución. No hay que asombrarse por ello. Ellas sufrían más” (Jules Michelet, *Histoire de la Révolution française*, t. I, París, Gallimard, col. “Bibliothèque de la Pléiade”, p. 254 [trad. esp.: *Historia de la Revolución francesa*, Buenos Aires, Argonauta, 1946]).

¹¹ Denise Guillaume, *Le Destin des femmes à l'École. Manuels d'histoire et société*, París, L'Harmattan, 1999; Françoise y Claude Lelièvre, *L'Histoire des femmes publiques contée aux enfants*, París, PUF, 2001.

¹² Isabelle Ernot, “Historiennes et enjeux de l'écriture de l'histoire des femmes, 1791-1948”, tesis de la Universidad de París VII, 2004.

al clericalismo de Monseñor Dupanloup y a la misoginia de Pierre-Joseph Proudhon.

En el período de entreguerras las mujeres acceden a la universidad. Muchas manifiestan su interés por la historia de las mujeres y sobre todo por la historia del feminismo: Marguerite Thibert o Édith Thomas,¹³ por ejemplo. Pero ellas siguen siendo marginales respecto de la revolución historiográfica que constituye la “escuela de los *Annales*”. Así se llama al núcleo constituido por Marc Bloch y Lucien Febvre alrededor de la revista del mismo nombre.

Esta escuela innovadora rompió con una visión exclusivamente política de la historia, pero lo económico y lo social seguían siendo sus prioridades. La corriente era bastante indiferente a la diferencia de los sexos, que no constituía para ellos una categoría de análisis. Sin embargo, Lucien Febvre publicó un brillante ensayo sobre Margarita de Navarra, *Amour sacré, amour profane: autour de l'Heptaméron* (1944), que esboza una historia del sentimiento amoroso e incluso de la violación: una veleidad que la segunda generación de los *Annales*, la de Ernest Labrousse y Fernand Braudel, no profundizó.

¿Cómo cambiaron las cosas? ¿Cómo nació una “historia de las mujeres”, de la que ellas fueron la materia prima, a la vez objeto y sujeto del relato?

¹³ Marguerite Thibert (1886-1982) defiende una de las primeras tesis de historia sobre las sansimonianas. Édith Thomas (1909-1970) es autora de muchas obras sobre las mujeres desde 1848, como Pauline Roland, George Sand o Louise Michel. La biografía de Dorothy Kaufmann, *Édith Thomas. A Passion for Resistance*, Ithaca, Cornell University Press, 2004, fue traducida al francés en 2007 y editada por Autrement bajo el título de *Édith Thomas, passionnément résistante*.